

A detailed black and white marbled paper pattern with intricate, swirling, and wavy lines in various shades of gray, creating a complex, organic texture.

G-F 15420

DGCL
A

+ 170334

EL CERCO DE ZAMORA

POR EL REY DON SANCHO II DE CASTILLA.

POEMA PREMIADO

POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN JUNTA QUE CELEBRÓ EN 31 DE ENERO DE 1833.

SU AUTOR

DON JOAQUIN MENCOS Y MANSO DE ZÚÑIGA,
BARON DE BIGÜEZAL.



de C. Arce

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

AÑO DE 1833.

CANTO I.

I.

Canto el noble Monarca y duro hermano
Vibrando junto al Duero el asta ardiente,
Que mejor en el campo carpetano
Blandiera contra el Arabe insolente;
Lid funesta, en que el pueblo Zamorano,
De tan graves desdichas inocente,
Vió al relumbrar de pérfida cuchilla
Teñirse en sangre el sólio de Castilla.

II.

Ninfa inmortal del Pindo deleitoso
Que sabes inspirar heróico acento,
Ven, y en el seno de Pirene umbroso
Para bélicos cantos dame aliento;
Míralo agigantado y nebuloso,
Del relámpago al brillo amarillento,
Tejer para tu sien eterno encino,
Adusto roble y oloroso pino.

(2)

III.

Cabe la tienda al despuntar el día,
Las tardas horas de velar contando,
Sentado estaba el Rey, con faz sombría
En su arrojada empresa meditando:
Ya en ondas de arrebol el cielo ardia
Las cumbres de los montes inflamando,
Y un rayo entre las nieblas de la aurora
Bañaba el pardo muro de Zamora.

IV.

Ambos brazos cruzados, y la frente
Que blonda cabellera coronaba
En torvo ceño, su mirada ardiente
En la tierra solícito clavaba;
Inquieto suspirando sordamente
Honda zozobra en su ademan pintaba,
Y miraba los muros un momento
Y tornaba á mirar su campamento.

V.

Súbite alza la frente, y centellantes
Los ojos como el rayo „Conde” exclama,
„Tantas horas de paz son humillantes
Para el que anhela eternizar su fama;
Paz, favor, amistad ya brindé antes
A esa hermana infeliz que me desama;
Siga en buen hora á los traidores ciega,
Que el triste fin de su arrogancia llega.

(3)

VI.

„Los Gefes convocad, esos guerreros
Al pie de sus laureles ya dormidos
Que entre Urraca y el trono medianeros
Amor de paz los tiene entorpecidos;
Verán si los alevés caballeros
De Zamora á sus ruegos dan oídos;
Y lo que son alhagos femeniles,
Armas del miedo y corazones viles.”

VII.

Astorga obedeci6; la trompa suena,
Y como al eco del sabueso airado
La fiera salta en la desierta arena
Y torna hácia la voz el cuello alzado,
Asi de confusion la gente llena
Sus lanzas toma y el arnés trezado,
Ora juzgando el campo sorprendido
O el mortífero asalto decidido.

VIII.

Seguro el corazon, fijo el semblante,
Reconocen los Gefes la llamada;
Visten la cota y yelmo centellante,
Demandan el bridon, ciñen la espada;
Torna á llamar la trompa resonante,
Alza el potro la frente enmelenada,
Monta el guerrero, aguija con la espuela,
Y el bruto ardiente arrebatado vuela.

(4)

IX.

Rica tienda listada y anchurosa
De lienzo leonés se alzaba orlada
De ancha faja de púrpura preciosa
Con castillos de plata recamada;
Tremolaba la enseña victoriosa
En el claro Mondego enarbolada
Cuando entró en Lusitania el gran Fernando
Las orientales lunas derrocando.

X.

Escudo, cota y almofár brillantes
En la pesada lanza suspendidos
Coronados del yelmo y férreos guantes
Con láminas de plata guarnecidos,
Daga y espada agudas y tajantes
Los pomos de oro puro enriquecidos,
Terror y gloria en lides y torneos,
Eran del trono invicto los trofeos.

XI.

Un rústico peñasco socabado
Que de un oso feroz la piel cubria,
Régio sitial á Sancho enagenado
Y dosel ostentoso parecia;
Bello, altivo y terrible alli asentado,
Al de Astorga las órdenes envia
Que la entrada á los Gefes franca diese
Y á presencia del Rey los condujese.

(5)

XII.

Cual por garganta estrecha en la montaña
Con el alba se vieran ir saliendo
Ora la fiera símbolo de España
Las rizadas melenas sacudiendo,
Ora el tigre pintado ardiendo en saña
Los encendidos ojos revolviendo,
Ora el cerdoso jabalí erizado
De terrible marfil el labio armado:

XIII.

Asi el marcial salon á paso lento
Pisaban ya los Gefes castellanos,
El fornido Mendoza de alto aliento,
Lara, mozo gentil, y sus hermanos,
Velasco y el de Cabra turbulento,
El grave Pimentel y otros ancianos,
Siguiendo el de Vivar alto y membrudo,
De ademan fiero, impávido y forzado.

XIV.

Va luego un campeon de torva frente,
Sesga la vista y espantable el ceño;
Distínguelo Don Sancho por valiente,
O por vil instrumento de su empeño;
Traidor á Doña Urraca y á su gente
Se ofrece artificioso al nuevo dueño;
Su nombre que en los siglos será oido
Como el nombre del pérfido, es Vellido.

(6)

XV.

A su Rey saludaban mesurados
Y en dos pinos inmensos se asentaban
Que cubiertos con pieles de venados
Mullido escaño á los guerreros daban;
En sus luengos aceros apoyados
De Sancho los acentos esperaban,
Cuando inclinando grave la cabeza
De esta suerte el Monarca á hablar empieza:

XVI.

„Si á la piedad, amado desvarío
De pechos sin vigor, cedí en malhora,
Y dí sobrada tregua al furor mio
Contra esa hueste de la infiel Zamora,
Fue solo al ver que el denodado brio
De mis guerreros desmayaba ahora,
Y estragos y ruinas me anunciaban,
Y el medio de la paz me aconsejaban.

XVII.

„Ni el corvo alfange del Muslim valiente,
Ni de Aragon el ánimo esforzado,
Ni el hierro duro del Vascon ardiente
Entre riscos nevosos engendrado,
Hizo temblar el lauro en vuestra frente
En espantosas lides alcanzado:
Solo á la voz de femenil falsía
La castellana intrepidez se enfria.

XVIII.

„Solo en Zamora, al frente de villanos,
 Porque ignoran mi fuerza inobedientes,
 Vi en los honrados pechos castellanos
 Helarse el noble ardor de los valientes;
 Cedí; la paz llevó á los Zamoranos
 Rodrigo, y la rechazan insolentes;
 De él sabreis el desprecio á que se expone
 Quien vencer pudo y amistad propone.”

XIX.

Dijo: y crugiendo el Cid la fuerte malla
 Levántase tranquilo, como un dia
 Con frente de oro y gigantesca talla
 El Tajo al Rey Rodrigo aparecia:
 Murmullo y roce de armas suena, y calla,
 Que ya el congreso en impaciencia ardia
 Por saber la respuesta á paz ó guerra,
 Y si Zamora al Rey las puertas cierra.

XX.

Así habló el Cid: „entre armas y soldados
 Y el bronco rechinar de la ancha puerta
 Me vi dentro los muros destrozados
 De esa loca ciudad triste y desierta;
 Vaga sordo rumor por todos lados
 En confuso tropel de plebe incierta,
 Separando la turba consternada
 Un cerrado escuadron de gente armada.

XXI.

»Terror, silencio y palidez y duelo
 Cercan el triste alcázar de la Infanta;
 Sangre y dolor y muerte ostenta el suelo
 Y hasta el mas duro corazón quebranta;
 Allí se ve, gimiendo sin consuelo,
 Madre infeliz que á su árida garganta
 Estrecha al hijo pálido, y lamenta
 Al esposo perdido en lid sangrienta.

XXII.

»El inocente huérfano, el anciano
 Que sin hijos quedó, gimen su suerte,
 Con macilenta y descarnada mano
 Enjugando sus lágrimas de muerte;
 Hasta el guerrero que blandiera ufano
 La lanza, en duelo su altivez convierte;
 Contrastando su lánguida mirada
 Con el duro perfil de la celada.

XXIII.

»Con bélico aparato fui guiado
 Hasta el rico salón que seda y oro
 Decoraban; su techo cincelado
 Aun muestra el esplendor del rico moro;
 Levántase el concurso alborotado,
 Como el circo al salir feroz el toro,
 Y al tornar á sentarse los guerreros
 Suenan bajo el brocado los aceros.

XXIV.

„VÍ al Conde Lain Fernandez pensativo
 Recatarse á mis ojos con vileza,
 Ansurez conturbarse á mi recibo
 Apoyando en su espada la cabeza:
 El bravo Arias Gonzalo mas altivo
 Saludóme cortés con entereza,
 Imitando á su Padre en noble fuego
 Sus tres hijos Rodrigo, Pedro y Diego.

XXV.

„Urraca triste y pálida ocupaba
 Rico sillón en púrpura teñido:
 Ni las indianas perlas ostentaba,
 Ni el oriental diamante apetecido:
 Solo en su blanca frente resaltaba
 El cabello negrísimo cogido,
 Y sus hermosos ojos aun ardian
 Y reprimidas lágrimas vertian.

XXVI.

„Muestro al Consejo el fraternal mensage,
 Brindo la paz al enemigo bando,
 A la Infanta cediendo en vasallage
 Desde Valladolid á Villalpando;
 Propongo eterno olvido á tanto ultrage,
 Y solo por mi parte les demando
 Que acabada la guerra destructora
 Se allane al Rey el muro de Zamora.

XXVII.

„Escuchó atenta, mas al punto airada
 Y ardiendo en fuego súbito el semblante,
 Lanzando contra mí dura mirada,
 Muy mas dura que el hierro penetrante,
 Propone á su Consejo la embajada
 Lamentando su suerte vacilante,
 Su estado, su horfandad y el yugo horrendo
 Que un brazo fraternal le está ofreciendo.”

XXVIII.

„Esto dijo la Infanta, y al momento
 El Conde Nuño de Alvarez fogoso,
 Haciendo estremecer el rico asiento
 Se levanta clamando vigoroso:
 „Cuando tiembla aterrado el campamento
 „Al frente de un contrario poderoso,
 „Y han llenado esos fosos vuestros muertos,
 „Fácilmente se brindan los conciertos.”

XXIX.

„Por qué esa paz benigna y ventajosa
 „Sin llegar á la lid no se ofrecia?
 „Será que nuestra fuerza poderosa
 „La Corte de Don Sancho no sabia?
 „Dad al Rey este alcázar generosa:
 „Mas contemplad la esclavitud impía
 „Que á Leon oprime, que Galicia llora,
 „Y luego abrid las puertas de Zamora.”

XXX.

„Asi en discurso enérgico y ardiente
 A la guerra excitó al Consejo entero:
 En vano Lain Fernandez mas prudente
 Calmar intenta el fuego del guerrero:
 Arias Gonzalo grave y elocuente
 Tambien resiste á deponer su acero,
 Ensalzando la fe de su partido
 Que á combatir la usurpacion se ha unido.”

XXXI.

„Tal era el voto unánime; la Infanta
 Desechó al fin las paces ofrecidas:
 Temblaba palpitante su garganta
 Y sus ojos brotaban encendidas
 Lágrimas: de improviso se levanta,
 Y ambas manos al pecho comprimidas,
 Saluda altiva, las espaldas vuelve,
 Y el bélico Consejo se disuelve.”

XXXII.

„Este de mi mensaje el fruto ha sido:”
 Dijo Rui de Vivar: calla, y se asienta:
 Misterioso silencio ha sucedido
 Y eco sordo de próxima tormenta:
 La ira del Rey sus ojos ha encendido
 Y en su alterada faz se representa:
 Levántase resuelto á la venganza
 Y dice asiendo su tremenda lanza.

XXXIII.

„Esta es la paz y pactos que prefiero
 Con esa gente altiva y orgullosa:
 Nunca esperé de un falso caballero
 Mas pago á nuestra oferta vergonzosa;
 Nada resta que hacer: fuerza y acero
 Contesten solo á su respuesta odiosa;
 Y si Zamora á mi poder no cede
 Ni aun el vestigio de sus muros quede.

XXXIV.

„Con las armas mañana os halle el dia
 Ordenada la gente en ese llano;
 Mostrad aquella antigua bizarría
 Y el ardor de esos viles será en vano:
 Util nos es el zelo y compañía
 De este agraviado jóven Zamorano,
 Servicios importantes nos ofrece
 Y nuestro amor y gratitud merece.”

XXXV.

Calló Don Sancho y con la frente airada
 Despdió aquel congreso de guerreros:
 Ya la turba de gefes dispersada
 Va llamando los pages y escuderos;
 Se ve marchar brillante cabalgada
 De jóvenes y alegres caballeros
 Que imaginando hazañas y blasones
 Ostentaban sus ágiles bridones.

XXXVI.

Los ancianos guerreros van siguiendo
 Sobre fuertes caballos vigorosos
 Y prudentes las causas recorriendo
 Que hacen á los del Africa orgullosos;
 Ven el líbico alfange alzarse horrendo
 Y oyen sonar los grillos vergonzosos,
 Mientras el odio fraterno y tiranía
 Ciego se ceba en la discordia impía.

XXXVII.

Ya al mar de Lusitania se lanzaba
 Febo entre rojas nubes escondido,
 Y su lánguido rayo iluminaba
 El campo de Zamora destruido;
 Sobre la mústia yerba helado estaba
 Junto al caballo el campeon tendido,
 Y trozos esparcidos de armas rotas,
 Yelmos, escudos y partidas cotas.

XXXVIII.

Asi el árbol pomposo en la tormenta
 Que elevaba sus ramas hasta el Cielo,
 Hojas y fruto innumerable cuenta
 Que el huracan arrastra por el suelo:
 Asi fiera terrible y corpulenta,
 Envuelta en negra sangre y mortal hielo,
 Yace olvidada y sin terror se mira
 En medio el circo en que luchando espira.

XXXIX.

Urraca en su palacio retirada
 En tormentosa lucha se alimenta;
 Sangre y dolor y gente desolada
 Y vil humillacion se le presenta;
 En vano en blanda pluma reclinada
 Implora el sueño que el cuidado ahuyenta:
 En vano en el espléndido aposento
 Vaga y rehuye el perenal tormento.

XL.

Asi en medio el estrépito aterrante
 De confuso tropel de cazadores,
 Al relincho del Bético arrogante,
 Al ladrido de canes corredores,
 Al eco de la trompa resonante
 Y tronar de arcabuces matadores,
 Trémula y fatigada en selva umbrosa
 Cierva inocente tímida reposa.

XLI.

Llamar ordena al generoso anciano
 Arias Gonzalo, á quien su vida entera
 Miró como un apoyo sobrehumano,
 Ayo querido de su edad primera;
 Gobierna este valiente Castellano
 La ciudad que su noble ardor venera,
 Y de la noche bajo el velo oscuro
 Estaba reparando el roto muro.

XLII

„Venid, Arias, venid,” la Infanta exclama
 Viendo entrar al guerrero encanecido:
 „Mi atribulado corazon os llama
 Y anhela vuestra voz mi triste oido;
 Guerra cruel y devorante llama,
 Dolor y llanto y funeral gemido
 Cércanme, y tiembla mi aterrado pecho
 La noche entera en fatigoso lecho.

XLIII.

„Mi mezquino poder, mi triste gloria
 Puso el hierro fatal en vuestras manos:
 ¿Qué seré al fin en la severa historia
 Sino oprobio y horror de los cristianos?
 Sea un tiempo mas grata en su memoria
 Nieta infeliz de Reyes castellanos,
 Volviendo á mis bizarros defensores
 La gracia de su Rey y sus honores.

XLIV.

„Guarde en buenhora el bárbaro inhumano,
 Sordo al gemir del súbdito inocente,
 Corona criminal que al triste hermano
 Logró arrancar de la humillada frente;
 Su sangriento poder con yerta mano
 Lauros funestos orgulloso cuente,
 Y busque en medio el popular lamento
 De usurpador el sueño turbulento.

XLV.

„Si un dia al menos en su inquieto pecho
 Dulce deidad benéfica tocara
 Que de un Rey justo en el seguro lecho
 Derrama paz y sueño poco avara,
 Tranquila oliva en el paterno techo
 Sin lágrimas ni sangre cultivara,
 O llevara á triunfar sus torres de oro
 Al rico Tajo en que se baña el Moro.

XLVI.

„Gonzalo, abandonadme, huid la suerte
 De una infeliz muger: asáz la guerra
 Entre sombras de víctimas y muerte
 Cubre de llanto y horfandad la tierra;
 Cumplisteis con honor; rendid al fuerte
 La frente altiva que el temor destierra:
 Pero antes escuchad horrible arcano
 Que es de mi pecho torcedor tirano.

XLVII.

„Vellido, aquel bizarro y buen guerrero,
 Por tal tenido entre la hueste mia,
 Juró en mi mano á fuer de caballero
 Que el pueblo de Zamora libraria:
 „Vuestro permiso” dijo „solo espero
 „Y en breve os lucirá felice dia:
 „De mi zelo fiad, noble Señora”
 Y al otro sol abandonó á Zamora.

XLVIII.

„En tan dulce ilusion me recreaba,
 Cuando en noche fatal y sueño horrendo
 Remordimiento atroz su arpon me clava
 Mis párpados convulsos entreabriendo;
 Fantasma horrible en derredor volaba
 Sus negras alas fúnebres tendiendo,
 Y armas y muerte y sombras espantosas
 Vi entre sangrientas olas hervorosas.

XLIX.

„Salté espantada del penoso lecho,
 Y nuevas luces á mi voz traídas,
 Aun de mi estancia en el dorado techo
 Miraba revolar sombras perdidas;
 Trémulo palpitaba ardiente el pecho,
 Y al rechazar imágenes mentidas,
 Inmóviles mis ojos y clavados
 Solo hallaban los muros tapizados.

L.

„Desde entonces, Gonzalo, ni un momento
 En medio el dia ni la noche olvido
 La horrible aparicion de mi aposento
 Ni la arriesgada oferta de Vellido;
 Temo que aquel guerrero turbulento
 Busque en el Moro apoyo aborrecido,
 Y á Urraca culpen de la nueva guerra
 Que ha de afligir nuestra infelice tierra.”

LII.

— „Hija digna del ínclito Fernando
 Y de suerte mejor, si el orbe entero,
 En estrépito horrísono tronando
 Y en terrible tormenta el ponto fiero
 Me ordenaran dejaros á ese bando
 De cruda usurpacion, con este acero
 Rompiera el pecho del traidor aleve
 Que tal vileza á proponer se atreve.

LII.

„Vellido huyó: su decantado brio
 Desconoce el honor y el odio escucha;
 Dejadlo que en buen hora al Moro impío
 Demande ó no la protectora lucha:
 En el blando festin y desvarío
 Su lengua es necia y su arrogancia mucha:
 Insultó á un bravo y con veloz huida
 Quiso el cobarde conservar la vida.

LIII.

„Mas ya el eco de paz en vano suena;
 Sucumbir ó triunfar es nuestra suerte;
 Solo nos resta ó bárbara cadena,
 O bajo el roto muro honrosa muerte:
 Preparé á la defensa el alta almena
 Y ordené vigilancia en todo el fuerte;
 Que fiera lid anuncia el movimiento
 Y rumor del contrario campamento.”

Asi el terrible trance prevenian
 Y el hórrido momento del asalto;
 Catapultas y piedras disponian
 Del combatido muro en lo mas alto;
 Los Gefes la defensa dividian
 Para evitar confuso sobresalto;
 Noche terrible, inquieta y pavorosa,
 Présaga de una aurora tormentosa.

Así el terrible trance prevenían
 Y el horrible momento del asalto;
 Carpulas y piedras disponían
 Del combatido muro en lo más alto;
 Los Gotes la defensa dividían
 Para evitar confuso sobresalto;
 Noche terrible, indulta y pavorosa,
 Présaga de una aurora tormentosa.

CANTO II.

LV.

Arrebol puro en el pintado Oriente
 Tras los montes el cielo enrojecía
 Y la niebla delgada blandamente
 El Euro matinal desvanecía;
 Ya en la régia morada del valiente
 Rey Don Sancho, la gente se movía;
 Entraban y salían caballeros,
 Corrian y tornaban escuderos.

LVI.

Di, Musa celestial, la valerosa
 Hueste que cubre el extendido llano
 Cuando la aurora cándida y hermosa
 Va iluminando el suelo Zamorano;
 El eco de la trompa belicosa
 Que despierta al soldado castellano,
 Y los bravos y nobles campeones
 Que rigen los gallardos escuadrones.

LVII.

En un largo collado tremolaba
 La blanca enseña con Leon rapante,
 Y el brillo de las armas deslumbraba
 Con trémulo reflejo vacilante;
 Ya al son de los clarines se acercaba
 El lucido escuadron que iba delante
 De leoneses gallardos caballeros
 Revolviendo los fúlgidos aceros.

LVIII.

Allá Tellez bizarro y animoso
 Un caballo andaluz gentil regia,
 De gran cola, piel negra, pecho hermoso
 Y luenga crin que el viento revolvia:
 El férreo guantelete y escamoso
 En torno de la lanza relucia,
 Y tocando al brazal el asta fuerte
 Sonaba horrendo el eco de la muerte.

LIX.

Un cuerpo de hombres de armas comandaba
 El bizarro Señor de Benavente
 Que seis lustros floridos no contaba
 Y era terror de la agarena gente;
 Sobre el almete el alto airon flotaba,
 Y la recia visera refulgente
 Cubria sus facciones sobrehumanas,
 Encanto de las damas castellanas.

LX.

Velasco en una jaca vigorosa,
 Inquieta, de ancho cuello y ojos fieros,
 Ostentaba su cota primorosa
 Brillante y aforrada con tres cueros;
 Del escudo en la chapa fulgorosa
 Iban quince jaqueles de oro y veros,
 Respetado blason de su alta cuna
 En las torres espléndidas de Luna.

LXI.

De otro lado del Duero en la ribera
 Marchaba numerosa infantería,
 Entregando á los vientos la bandera
 Que el consagrado vaso distinguia;
 Gente brava que Sancho suya hiciera
 En Galicia venciendo á Don García,
 Y con la de Leon trajo á su bando
 Los dos cetros soberbio arrebatando.

LXII.

Al son de los clarines se formaba
 El ejército invicto castellano
 Que ondulantes hileras desplegaba
 En el funesto y espacioso llano;
 Recia cuera al soldado reforzaba
 O el perpunte que usaba el asturiano,
 Alta lanza empuñando con la diestra
 Y adarga de piel doble en la siniestra.

LXIII.

Los tercios de Bermudez y el de Lara
 Un flanco del ejército cubrían:
 Los de Cabra, Pachecos y Guevara
 Por la mano siniestra se seguían:
 Las bravas gentes que Vivar formara
 El opuesto costado protegían,
 Y su verde bandera tremolando
 Infunden miedo al enemigo bando.

LXIV.

Clamor confuso de la armada gente,
 Ronco son de trompetas y atabales
 Al Rey anuncian; su estatura ingente
 Descuella entre el fulgor de los metales;
 Veinte y cuatro guerreros van al frente
 De armas, caballos y riqueza iguales,
 Llevando el Real pendon que aterra al Moro,
 En el campo de gules torres de oro.

LXV.

Un fogoso alazan de frente blanca
 Va el bizarro Mendoza refrenando:
 Tiende la cola al suelo, encoge el anca
 Los brazos al galope levantando:
 El duro pedernal su casco arranca:
 Al ginete las armas van sonando:
 Y con el noble peso que le abrumba
 Cubre el ancho pretal de blanca espuma.

LXVI.

El grave Pimentel en un castaño
 Mostraba su armadura pavonada,
 Y un rico paramento de oro y paño
 Que aceptó de Almenon en su embajada;
 Iba tranquilo hablando al de Abendaño
 Del riguroso fin de la jornada,
 Constante en su opinion contra una guerra
 Que abrasa en odios la cristiana tierra.

LXVII.

Montado en una alfana poderosa
 Vivar ostenta en ademan altivo
 Su verde cota de armas primorosa,
 Flexibles mallas y dorado estribo;
 En medio aquella marcha estrepitosa,
 Alzada la visera y pensativo,
 Iba con el de Astorga conversando
 Y futuras desgracias meditando.

LXVIII.

„Mostré asaz á mi Rey”, Vivar decia,
 „Cuán duro es este trance y cuan odioso,
 Pues contra una muger sus armas guia
 Dejando á los infieles en reposo;
 No se curó de oirme, y algun dia
 Quizá recuerde el llanto generoso,
 Que el que supo vencer al Africano
 Vertió para impedirle ser tirano.

LXIX.

„Combatí en el consejo su ardimiento
 Sin temer el renombre de cobarde:
 Venció al fin el partido mas violento
 Y el de los mas prudentes llegó tarde:
 Mas ya empuñé la lanza, y el momento
 Pasó de resolver: verá el que aguarde,
 Que el valor verdadero enseña al fuerte,
 Amar la paz y despreciar la muerte.”

LXX.

Asi hablaban, mas ya se va acercando
 El bizarro Monarca, su celada
 Del nuevo sol los rayos reflejando
 Arde en volubles plumas coronada;
 Mil piezas diferentes van sonando
 De la manopla y malla ensortijada,
 Cubriendo desde el hombro á la rodilla
 El largo escudo y armas de Castilla.

LXXI.

Un caballo de Córdoba brioso,
 Don del Califa y prenda de alianza,
 Obedece arrogante y generoso
 Al Rey de mas valor y mejor lanza;
 Al Rey en Zaragoza victorioso,
 Que arrolló de Toledo la pujanza,
 Que venció en Santaren á Don García,
 Y de Alfonso rindió la monarquía.

LXXII.

Entre el temor y la traicion luchando,
 Con el régio escuadron marcha Vellido
 Al intrépido Sancho acompañando,
 De quien favor honroso ha merecido;
 Negros odios y agravios ostentando
 Y su honor mancillado y perseguido:
 Largo fruto de enconos y venganza
 Al Rey prepara en su fatal privanza.

LXXIII.

Cual fiero lobo inquieto y torbo mira
 Cerca la triste presa, y complacido
 De la víctima en torno astuto gira
 Por el ansia y recelo combatido;
 Dolfos asi turbado se retira,
 De las sangrientas furias poseido:
 Que agita la maldad al delincuente
 Y el puñal en su mano temblar siente.

LXXIV.

Infanda llama de venganza ardia
 Heredada en su sangre: Vela fiero
 Que el templo de Leon manchara un dia
 Sepultando en su Conde el ímpio acero;
 Gonzalo que con negra alevosía
 Diera muerte á su Rey Sancho el primero
 Con vil ponzoña, contra el sacro trono
 Dejan á su linage eterno encono.

LXXV.

Los muros de Zamora coronados
 De gente armada, fúlgidos brillaban,
 Y atentos sus guerreros denodados
 Al ostentoso alarde, se animaban;
 Ni sus valientes Gefes y soldados
 Las obras de defensa abandonaban,
 Ni el gran poder que Sancho les presenta
 Su ánimo entero y brio desalienta.

LXXVI.

Asi en medio del piélagó espantoso
 Náufrago triste en eminente roca
 Ve en derredor mugiente y espumoso
 Subir el mar y que sus plantas toca;
 Bramando baja el agua, y animoso
 Trepá á la cima y su furor provoca,
 Hasta que nuevas ondas levantando
 Sube, y torna la víctima arrastrando.

LXXVII.

Llegó el Rey á las tropas de Castilla,
 Y la terrible espada revolviendo,
 Dijo: „ved este acero sin mancilla,
 Seguidle siempre en el asalto horrendo;
 Esa ruinosá y miserable villa
 Ya solo del amago está temiendo;
 Poca es su fuerza, mucho vuestro brio:
 Mi honor y nombre á vuestro ardor confío.”

LXXVIII.

— Pasó á los de Leon, y con bravura
 Asi habló: „ved al Rey que da la gloria
 A sus soldados, servidumbre oscura
 Os dejó solo Alfonso por memoria;
 Dejadlo allá del Moro en la blandura,
 Seguidme y será honrosa vuestra historia;
 Leon unido al cetro castellano
 Hará terror del Orbe al trono hispano.”

LXXIX.

Al frente de las huestes de Galicia
 Exclamó: „vuestro ardor se malograba
 Regido sin valor y sin pericia
 Por un Rey que su trono mancillaba;
 A tanto honor y esfuerzo haré justicia,
 Y alzaré vuestra gloria que espiraba;
 Ensayad el acero en esa gente,
 Y perezca el traidor, triunfe el valiente.”

LXXX.

Dijo, y clavando la rodante espuela
 En el sudoso hijar del bruto suelto,
 Rompe al galope arrebatado y vuela
 En polvoroso remolino envuelto;
 Sube á un collado, su inquietud revela
 Retorciendo en la silla el cuerpo esbelto;
 Mira, y levanta la ferrada mano
 Llamando al fugitivo Zamorano.

LXXXI.

Llegóse Dolfos, y el Monarca altivo,
 Desarrugando el ceño de su frente,
 Sonríe apena en ademan festivo
 Diciéndole: „guerrero, el Rey valiente
 Debe saber con pecho compasivo
 No prodigar la sangre de su gente:
 ¿Con cuál industria pasará ese muro?
 Dila; y de gran fortuna está seguro.”

LXXXII.

„Señor”, respondió el vil, „desprecio el oro,
 Solo escucho la voz de la venganza;
 Muchos días de gloria arranqué al Moro
 Y fue temida en Aragon mi lanza;
 Si hoy maquina Gonzalo en mi desdoro
 Y su lengua falaz el triunfo alcanza,
 Serán de su traicion amargo fruto
 Horas de muerte, lágrimas y luto.

LXXXIII.

„Perdonad tanto ardor: este odio insano
 Servirá á vuestra espada vencedora,
 Y en breve lograreis con dura mano
 Domar la frente altiva de Zamora;
 Mas solo á vos, Señor, tan alto arcano
 Será dado alcanzar; decid agora,
 Si habreis valor en peligrosa prueba
 De examinar conmigo ignota cueva.”

LXXXIV.

— „Jamás temí; guiad.” Al mismo instante
 Al trote estrepitoso el vil se avanza;
 Estrecha el Rey su bético arrogante
 Y al fementido confidente alcanza;
 Por estrecha vereda va delante
 Recatando su pérfida asechanza,
 Turbada el alma, el exterior sereno,
 Cual flor que oculta su letal veneno.

LXXXV.

Ancha quiebra profunda y escabrosa
 Detiene á los caballos asombrados:
 Deja el suyo el traidor y con dolosa
 Voz dice: „esos terrenos socabados
 Fuerza es pasar á pie.” La crin oncosa
 Sancho envuelve en sus dedos aferrados
 Y sonando la espada en la armadura
 Desmonta al punto con marcial soltura.

LXXXVI.

Cual fiero javalí que rompe ardiente
 La áspera selva y trepa arrebatado,
 De los ocultos lazos inocente,
 Tras del cebo fatal que le han mostrado,
 Así el Monarca intrépido y valiente,
 De viles y traidores olvidado,
 Sigue resuelto al pérfido Vellido
 Por estrecho camino retorcido.

LXXXVII.

Rodrigo de Vivar con fiel sospecha
 Recatado á lo lejos caminaba;
 Solícito y dudoso al Rey acecha
 Al ver que incauto su bridon dejaba;
 Aviva al bruto, y por la senda estrecha
 A la quiebra profunda se acercaba,
 Cuando un ¡ay! suena entre mortal gemido
 Que le asombra y revela el mal temido.

LXXXVIII.

Estrecha ansioso la arrogante fiera
 Que bufa y huele la vereda hundida;
 Oblígala de nuevo, y se exaspera
 Abriendo la nariz enardecida;
 Entonce exclama el Cid: „menguado muera
 Quien cabalgando el acicate olvida;”
 Tira la daga, hiérole en el anca:
 Rebufa, y salta la fatal barranca.

LXXXIX.

Encuentra al Rey en la sangrienta arena
 Con la muerte convulso reluchando,
 Y vé al traidor cual fugitiva hiena
 El dilatado llano atravesando;
 Vale á seguir: mas el bridon refrena,
 El tránsito imposible contemplando:
 Desmonta y salta armado de su lanza,
 Ardido el pecho en funeral venganza.

XC.

„Traidor:” grita y se lanza arrebatado
 Desde el roto barranco á la llanura;
 „Traidor:” exclama, al verlo apresurado
 Correr á la ciudad, „aun no es segura
 Tu salvacion;” y cual danés manchado
 Que en pos la fiera salta la espesura,
 Y corre, y los obstáculos evita,
 Asi tras del traidor se precipita.

XCI.

Yá en medio el ancho llano fatigaba
 El Cid al fugitivo: ya sentia
 El oprimido aliento que exhalaba,
 Y en su muerte y dolor se complacia;
 Solo un tiro de flecha le faltaba
 Hasta la férrea puerta que se via
 Cerrada: „al fin,” le dice, „al fin Rodrigo
 A tu aleve traicion dará el castigo.”

XCII.

„Pérfido, espera, vuelve aquí ese pecho
 Cobarde y criminal: ni esa guarida
 Será un asilo á mi mortal despecho,
 De tan vil y alevoso regicida;
 Mas viendo que le falta corto trecho
 Hasta la puerta, arroja su temida
 Lanza, que su almofár y piel rozando,
 Clavada en el quicial quedó vibrando.

XCIII.

La puerta se abre, el pérfido se oculta,
 Y tórnase á cerrar: no así rugiendo
 El furioso leon en selva inculta
 Los troncos y peñascos desprendiendo
 Escarba y su ancha garra allí sepulta,
 Al yá vencido tigre persiguiendo
 Cuando astuto se esconde en la caverna,
 Y en su hondo abismo tímido se interna;

XCIV.

Como el bravo Rui Diaz iracundo
 Con la lanza la puerta sacudiendo,
 La hacia retemblar hasta el profundo
 El ponderoso quicio estremeciendo;
 Mas se acuerda de Sancho moribundo,
 Y al fatal sitio el paso dirigiendo,
 Del muro se retira despechado
 Y á subir vuelve al lúgubre collado.

XCV.

Apena un soplo de espirante vida
 Restaba á Sancho; el de Vivar se llega,
 Y ve en su espalda la hervorosa herida
 Que de cálida sangre el suelo riega;
 „Rodrigo..... á Dios..... si mano fementida
 Sobornó Alonso.....” á pronunciar se niega
 El labio frio: quiere alzar la mano,
 Y al punto espira el héroe castellano.

XCVI.

Gran número de Gefes y escuderos
 Cuidosos y aterrados van llegando,
 Desde vieron correr los dos guerreros
 Algun fatal engaño recelando;
 Todos juran vengar con sus aceros
 Tanta maldad del enemigo bando;
 Y el cuerpo frio alzando de la tierra,
 La triste pompa el campamento aterra.

XCVII.

Sobre el escudo en bronce guarnecido
 Que llevan caballeros castellanos,
 El cuerpo de Don Sancho va tendido
 Yerta la frente, pálidas las manos;
 Pende de un lado el brazo descaído,
 Terror de Sarracenos y Cristianos;
 Y á par que marcha el dolorido bando
 Las armas del cadáver van sonando.

XCVIII.

Se oye rumor confuso de guerreros
 Que en ira y llanto la venganza clama
 Y delante los tristes caballeros
 Vuela con trompa fúnebre la Fama:
 En su tienda cercado de escuderos
 Y de antorchas que dan trémula llama,
 Sancho yace extinguido su ardimiento
 De inhumana ambicion justo escarmiento.

XCIX.

Terror y confusion el campo llena:
 Al desorden sucede la osadía:
 La discordia fatal se desenfrena
 Y alza terrible su cabeza impía;
 Rompe el leonés la insólita cadena:
 Marcha el gallego al nombre de García:
 Sola queda Castilla en duelo tanto,
 Al lado de su Rey envuelta en llanto.

C.

Mi voz lúgubre cese, y otro cante
 La inocencia de Urraca y de Zamora;
 Celebre á Don Alfonso ya triunfante
 Del fanático pueblo de la aurora;
 El Tajo libre, el bárbaro arrogante
 Que yá humillado entre cadenas llora,
 Y el trono y religion de Recaredo
 Dominando otra vez la gran Toledo.



